

Dos Cuentos de Pedro Abdón Fernández

poeta, escritor, periodista del diario *El Territorio*, Misiones (Argentina). www.cervantes.com

El Destello del Trueno

Mi corazón late como un gorrión enjaulado. Siempre es así cuando algo me asusta. Pero... ¿debo temer algo? Mientras me hago esta pregunta las palabras en la pantalla toman la forma que «Destello» quiere que ellas tengan.

-Mañana lo debo hacer de nuevo.

-¿Qué harás de nuevo? -contesto temiendo la respuesta, adivinándola.

-Eso.

Un estremecimiento involuntario me eriza los pelos de los brazos desnudos. Un frío sudor erupciona bruscamente sobre mi piel.

Sé a qué se refiere. Pero... ¿dirá la verdad? Detrás del monitor no siento timidez alguna, soy otra persona, sin inhibiciones, sin problemas. Muchas veces uso la mentira como un juego inocente para mantener curioso a mi interlocutor en Internet. Pero entre todos mis «amigos» cibernéticos, «Destello» es el que más me intriga. Ejerce sobre mí una atracción fascinante, hipnótica. Pero... ¿quiero realmente saber la verdad? No lo sé. Es curioso, pero nunca me pregunté si sería uno de mis «contactos» preferidos si hubiera sido diferente de lo que dice que es.

-¿Estas ahí, «Trueno»?

Pregunto cuándo lo hará.

-Mañana.

¿Cómo saber si miente? ¡Cuántas veces lo hice yo! Recuerdo cuando nos «conectamos» por primera vez y nos dimos nuestras señas particulares. Sus veinte años no eran problema (¿los tendría?). La respuesta a la clásica pregunta sobre sus actividades laborales fue la sorpresa. Las palabras «asesina profesional» fueron el gancho para que la colocara en mi archivo de personas interesantes.

Yo contesté con algunos datos, todos ficticios, desde luego. Le seguí la corriente. Le gusté. Nos comunicamos a menudo, contándonos cosas y sintiéndonos bien con nuestras charlas. «Destello» es el único amigo que me sigue interesando desde que tengo Internet. Los demás me aburririeron enseguida y les di el fin que doy a todas las cosas que llegan a ese estado. El olvido. Tiene «algo» que me llega. No puedo definir qué. Tal vez sean sus comentarios inteligentes, o sus palabras tiernas y su fino sentido del humor. A veces dice cosas cómicas, que me hacen reír. También hay temas sobre los cuales no quiere hablar, entonces no insisto.

-¿Otra vez acá?

La voz áspera de mi cónyuge me sobresalta. No quiero que lea lo que tengo escrito en la pantalla, rápidamente muevo el *mouse* y evito que lo haga.

-¿Qué quieres? -respondo, tratando de disfrazar el fastidio que me produce cuando entra en lo que considero mi «salón privado», el lugar donde está mi computadora.

Sin responder se retira con un portazo dándome a entender que odia lo que estoy haciendo. Lo sé y no me importa. Mi «adicción» como la llama mi consorte, está ocupando un lugar primordial en mi vida. Ya no lucha contra ella. Se ha limitado a hablarme de la comodidad de tener dormitorios separados, «puesto que tenemos intereses tan dispares». Consentí sin problemas, para que no sepa la

hora en que me acuesto y así «navegar» a mis anchas. Tal vez en el fondo prefiera que tenga esta distracción con la que me encierro en mi estudio, en vez de salir de casa... como antes.

Cuando tengo la seguridad de que nadie está en la habitación, vuelvo a lo mío. Hoy «Destello» quiere contarme algo. Lo adivino por sus respuestas largas, dándome lugar a interrupciones para hacer preguntas aclaratorias.

¿Cómo olvidar lo que pasó tres meses atrás? Ella dijo que tenía un «contrato». Como siempre, le seguí la corriente nadando en mi escepticismo natural. Sólo que una semana después, en un periódico local, en un recuadro pequeño, leí una crónica policial. La autopsia hecha a un abogado que había muerto al accidentarse con su auto, reveló que tenía en la nuca una bala de nueve milímetros. Una noticia como tantas de las que se oye en la región. A mí me sacudieron cuatro cosas de esa lectura: la fecha del accidente, la profesión del difunto, la ubicación de la bala y sus medidas. Detalles que me había dado «Destello» días antes. A pesar de que sentí la adrenalina correr impetuosa por todo el cuerpo, quise disculparla. Coincidencias, me dije. Pero me causó una impresión tan grande que no me comuniqué varios días.

Cinco. Fueron todos los que pude aguantar sin ponerme en contacto. Sin nuestras conversaciones faltaba algo. Me sentía tan triste. La necesitaba. ¿Curiosidad? ¿Atracción? ¿Obsesión? ¡Qué sé yo! No le puse rótulo, pero me aferré a mi computadora esperando, rogando que ella estuviera ahí. Y estaba. ¡Qué alegría! ¡Qué euforia! ¡Y qué alivio! Todo era nuevamente bello, alegre, me sentía fuerte y con ganas de hacer de todo. Olvidé mis problemas conyugales. Como no sé cantar me puse a silbar una tonada que creí olvidada.

No quise hablar sobre lo que había leído en el diario. Tal vez más adelante lo hiciera. Y me sumergí en el placer de comunicarnos. Nuestros temas se volvieron algo personales, comencé a usar un poco más la sinceridad. Total, ella no sabía dónde vivía ni cómo era yo. La siento sincera, pero... ¿quién puede asegurarlo? Nadie.

Así hablamos por días, semanas, hasta hoy.

Vuelvo morbosamente al tema del asesinato. Pregunto cuánto le pagarán. Me dice una cantidad. Pregunto qué razones le dieron. No suelen darlas. Pero que en este caso (un clásico, según ella), el tipo sí dio explicaciones. Nunca le interesaron, desde luego. Quería matar a su mujer para estar con su amante, el divorcio lo arruinaría todo ya que perdería el dinero. Era todo de ella.

-Así que usarás tu frase ejecutora por última vez, ¿verdad?

Me sonaba algo folletinesco lo de: «¿Sabe cuándo es la hora de su muerte?», pregunta que precedía a la ejecución de sus víctimas, según «Destello».

Me respondió afirmativamente y me despedí. Hasta creo que le deseé suerte. (¿Cómo pude hacerlo?). Pero en el fondo no le creo nada. Y si es verdad... ¿Soy cómplice? Me obligo a no pensar más en ella y sin bañarme me arrojo a la cama vacía de la que me levanto sin haber conciliado el sueño. En la oficina la secretaria me sirve un café fuerte, como le había pedido para despabilarme. No lo consigo del todo. Cometo miles de errores en el trabajo. A las dos, me dirijo con premura al amplio estacionamiento donde se encuentra aparcado mi vehículo. Busco la llave para abrirlo. Un joven delgado me pregunta amablemente la hora, distraídamente le contesto. En vez de darme las gracias hace otra pregunta:

-¿Sabe cuándo es la hora de su muerte?

La sorpresa me impide hablar, reaccionar. Sé que palidecí bajo el maquillaje. En décimas de segundo supe que mis sospechas sobre las relaciones que mantiene mi marido con Miguela eran fundadas. Pero eso pasa ahora a segundo término. Quiero gritar que se detenga, que soy «Trueno», pero el estruendo que produce la pistola al dispararme me indica que «Destello» ha realizado con éxito su último trabajo...

Contraseñas

Lucas pesa mucho y el bolso lleno de provistas que traigo del súper también. Llora cuando lo bajo para abrir la puerta del departamento. Marcos ha llegado. El olor del cigarrillo rubio que fuma me lo dice. Lo saludo y me responde con un gruñido. Va hacia su recinto «sagrado» como lo llamo yo, así que no lo molesto. Sé que no le gusta que le hablen cuando está encerrado en su cuarto de estudio. Él cree que no sé de sus «juegos» en la computadora. En realidad, no me interesan. Que tengan ellas sus palabras. Yo lo tengo a él en carne y hueso.

Preparo su receta preferida mientras Lucas se entretiene con sus juguetes. Pronto lo aburren. Esta tarde lo llevaré al parque para que respire algo de aire fresco. Debo apresurarme, ya son las once. Marcos volverá a salir a la una.

Imprimo el último trabajo y estoy libre, por lo menos por la mañana. Las once y media. Tengo tiempo de revisar mi correo antes del almuerzo. Hoy me escribieron muchos amigos, pero «ella» no lo hizo. Abro algunos mensajes. Los contesto enseguida. Mi mujer entra a la pieza subrepticamente. La presiento antes de verla. Menos mal que estoy contestando el *e-mail* de un amigo, no necesito cerrarlo. Ella se coloca detrás de mí. Me hace un masaje suave en los hombros, mientras me dice que el almuerzo tardará sólo unos minutos. Sé que ella lee el texto en el monitor. Dejo que lo haga. Sin ningún apuro guardo el material antes de enviarlo.

La acompaño al comedor donde juego con Lucas. Ella prepara la mesa con una sonrisa misteriosa en los labios.

No pido a Marcos el dinero que voy a necesitar esta mañana para tener una excusa e ir a su oficina. ¿Que quién está en su oficina? Su nueva secretaria. Bueno, no tan nueva. Hace dos meses que la contrató. ¡Qué coincidencia! El tiempo exacto en que se volvió conmigo más frío que un témpano de hielo.

Pero lo que realmente me puso sobre aviso fue una conversación telefónica que oí «sin querer» entre mi marido y Franco. Hablaban con gran entusiasmo sobre «los grandes atributos» de la chica. Me imaginé de qué se trataba. Así que dejo a Lucas en el jardín de infantes y me doy una vuelta por su trabajo.

Es bonita, no hay dudas de ello. También es joven y parece inteligente. Cuando supo que era la esposa de Marcos su mirada se volvió diferente, como midiéndome. En la comparación se dio varios puntos de ventaja. Marcos no está y se ve en apuros para impedirme entrar a su despacho. Nos hablamos con cortesía, pero ambas sabemos que mentimos.

Noto que puede ser un enemigo peligroso al cual hay que eliminar cuanto antes.

Son las doce de la noche. Ella duerme. Con infinitas precauciones me levanto de la cama para no despertarla. Voy a mi estudio. Busco el mensaje que esperé desde ayer. Sí, al fin. Lo abro y me llevo la sorpresa de mi vida. «Ella» me dice que no vuelva a escribirle nunca más. No soporta la mentira, bueno, tal vez alguna pequeña, pero eso de «soltero» que resulta «casado» le pareció un sacrilegio. ¡Ah, y que no vuelva a comunicarme, porque ya cambió su correo electrónico! Pero... ¿quién pudo descubrirme? ¿Cómo leyeron mis correos? ¿Y cómo supieron mi contraseña?

Las seis «amigas» me dejaron mensajes con idénticos contenidos, con pequeñas variantes en lo que se refiere a algún insulto más fuerte o más grosero que otro.

¡En un solo día perdí a mis seis amistades preferidas! Me queda Margarita, la única que conozco personalmente y que sabe todo de mí. La llamo por teléfono. Me dice que ella también recibió el mensaje. No, no se enojó porque me conoce. Entre risas me cuenta que la carta que

recibió le advertía «que era casado y padre ejemplar» y que no era «la única amiga informática». Como prueba daba una serie de correos electrónicos para que lo comprobase.

-¿Qué pasó? ¿Una amante despechada tuvo acceso a tu computadora?

Le juro y rejuro que no tengo amante alguna, que ella es la única (por lo menos que me quede una), y con la promesa que volveremos a comunicarnos, corto.

Me siento muy molesto por toda esta situación. En primer lugar, sentía un afecto especial por todas «mis amigas» a las que perdí de un sopetón, en segundo, que habían invadido mi privacidad. Leer mi correspondencia es un atentado a la intimidad. ¿Cómo lo hicieron? ¿Quién pudo hacerme esto? Debe ser alguien cercano. Y qué sabe de computación.

Mi mujer es un cero a la izquierda en informática, así que sólo me queda... Dafne.

Estoy seguro que es ella. Tiene acceso a mi computadora, ya que le dicto algún que otro mensaje en la oficina y quedamos a «platicar» a menudo. Sé que es muy celosa. Últimamente comenzó a hablar de lo lindo que sería vivir juntos.

Así que tomo esta importante decisión: cambiar mi contraseña para entrar en mis correos y, por supuesto, cambiar también la secretaria.

Marcos está muy cariñoso hoy. ¡Hace tiempo no está así conmigo! ¡Si hasta se ofrece para acostar a Lucas mientras me doy un baño!

Sus ojos me miran nuevamente con ese brillo que tenía cuando éramos tan unidos y que extraño tanto últimamente.

Elige una música suave y me invita a bailar. Mi cuerpo recuerda todavía cómo estremecerse de placer cuando me besa. Como quien no quiere le pregunto si ha despedido a la secretaria. Me responde que ahora eso no tiene importancia, que tenemos cosas más importantes que hacer. Tiene razón. Yo tampoco le digo que en estos meses me volví una experta en computación y que sólo un tonto pondría la fecha de nacimiento como contraseña para abrirla. En vez de eso, respondo a sus besos, cuidándome mucho de no reír a carcajadas.